



# La escuela como refugio narrativo: escribir para existir



Ahora que la voz personal se ve amenazada por modelos de lenguaje generativo, se reivindica la función epistémica de la escritura: escribir como acto de construcción de identidad, organización del pensamiento y regulación de la emoción. Desde la experiencia escolar, se plantea la necesidad de garantizar el proceso de escribir como espacio íntimo, de autocuidado, más centrado en el proceso que en el resultado.



Pablo  
Muriel Moya



Base International School  
Universidad Pontificia Comillas  
[pmuriel@colegiobase.com](mailto:pmuriel@colegiobase.com)



[www.linkedin.com/in/pablo-muriel-61891a65/](https://www.linkedin.com/in/pablo-muriel-61891a65/)



En una época donde los modelos de lenguaje generativo compiten directamente con la producción humana, escribir sobre el valor de escribir tiene algo de resistencia estoica. Desde hace varios meses, se suceden los titulares acerca de la habilidad de la inteligencia artificial para redactar textos con una calidad en la producción notablemente superior a la de la mayoría de los humanos. Resulta esencial detenerse y reflexionar, no solo sobre qué ganamos con el proceso mismo de la escritura, sino necesariamente sobre qué perdemos cuando dejamos de contar nuestras propias historias.

Al pensar en narraciones personales durante la etapa escolar, un lugar común son las redacciones propuestas por profesores y profesoras en los primeros días de cada curso. "Escribe una redacción donde cuentes qué has hecho este verano, dónde has estado, qué has aprendido y qué es lo que más te ha gustado". No tengo la suerte de poder acceder a mis propias redacciones de entonces, probablemente llenas de dibujos y coloreadas con gran detalle, pero sí tengo el convencimiento de que eran producciones más bien mediocres, faltas de originalidad, llenas de faltas de ortografía y con frases que hoy me harían sonrojar. No recuerdo el contenido, pero sí recuerdo el acto. El producto no tenía valor, pero la producción sí.

Sé bien que la iniciativa de proponer redacciones sobre el verano está determinada por muchos factores. Tal y como menciona una compañera de mi colegio, "sobre todo para que recuerden cómo se coge un lápiz". Independientemente de los motivos (tradicción, gestión del tiempo, reflexión) es una práctica que propicia a los estudiantes la oportunidad de revisar quiénes son, en qué se han convertido en los meses fuera del centro escolar, cuánto han cambiado y qué quieren mantener en su mochila. No es una actividad banal si se comprende como el primer ejercicio de identidad del curso, no solo como una exposición de hechos, sino como un acto de selección, de jerarquía emocional,



de autoafirmación. Es un acto de volver a uno mismo después de estar lejos de quien uno es.

El próximo septiembre, ¿afrontarán los alumnos la tarea de redactar sus experiencias de verano con la ayuda de un modelo de lenguaje generativo? He hecho la prueba y este es el resultado:

Este verano he aprendido que viajar y ver diferentes lugares puede ser divertido y también un poco cansado. He notado que ahora soy un poco más paciente cuando no tengo cosas que hacer y sé divertirme incluso si a veces estoy aburrido. Creo que lo que más me ha gustado de este verano ha sido pasar tiempo en la piscina con el tobogán y jugar con otros niños en los sitios nuevos que he conocido. No sé explicar exactamente cómo he cambiado, pero creo que ahora soy capaz de disfrutar más de los pequeños momentos y me siento un poco más mayor que antes del verano.

Perfecto a nivel formal, no tengo duda de que sería bien valorado por un docente, pero genera dudas inquietantes.

Mi estimada profesora Elena Martín Ortega logró que yo interiorizara que el lenguaje organiza el pensamiento, que al verbalizar lo que vamos pensando se ordenan las ideas para tomar conciencia de ellas. En este sentido otorgaba especial valor al lenguaje escrito, por la mayor exi-



gencia de precisión y rigor, especialmente en el contexto escolar, y por la necesaria distancia que la narración obliga al autor respecto al contenido del texto. No es un secreto que sus ideas se enraízan en la teoría sociocultural de Vygotsky, que afirmaba que el lenguaje interno —es decir, el pensamiento— se formaba a partir del lenguaje social. Aprendemos a pensar porque antes aprendimos a hablar con otros. Cuando un alumno escribe sobre lo que le pasa, o sobre lo que ha vivido en verano, no está simplemente expresando una emoción o una sucesión de acontecimientos, sino que la está organizando, estructurando, comprendiendo. La escritura tiene la función de ser ese *otro*, esa relación interpersonal, que ayuda a pensar, a mantener un diálogo con uno mismo que sigue el modelo de diálogo con los demás. Otra referencia esencial para abordar este tema, también representante de la teoría sociocultural, es el concepto de self-narrativo de Jerome Bruner: nuestra identidad es una narración en construcción, nos entendemos a través del lenguaje y la cultura, es la coherencia narrativa la que da sentido a nuestra identidad. Contarnos a nosotros mismos con palabras nos permite dar continuidad, encontrar significado y desarrollar agencia, capacidad de actuar sobre lo que nos ocurre.

Parecen estos malos tiempos para citar constructivistas, pero afrontamos

un tiempo en el que estas ideas se deberían hacer presentes en cada sesión de tutoría, en cada hoja en blanco, en cada estudiante que afronta el vértigo de no encontrar coherencia interna en su narrativa personal. No reivindicarlo, no tenerlo presente y no hacerlo explícito puede llevarnos a infravalorar el impacto de recurrir a la inteligencia artificial como un recurso suficientemente bueno para organizar el discurso.

En medio de toda esta reflexión, resuena en mí la novela *Nunca me abandonas*, de Kazuo Ishiguro (2005). El libro reflexiona sobre la identidad, la humanidad y la ética, a través de la historia de unos estudiantes que, en un futuro no tan distópico, resultan ser clones creados con el único objetivo de donar órganos en su edad adulta. A lo largo de la novela, la creación y la producción artística de los estudiantes juega un papel esencial, destinado a servir de justificación de su humanidad. A través de la creación entienden que pueden expresar emociones, pensamientos, transmitir una complejidad que trascienda su destino reproductivo, definir su identidad en un contexto que les niega la individualidad y, finalmente, resistir contra un sistema que los oprime. En la novela es fácil pasar por alto un detalle significativo. Uno de los estudiantes dibuja particularmente mal, lo cual le supone gran malestar y algunas otras dificultades en su relación con sus iguales. Él quiere converger y es incapaz de entender que su profesora encuentre valor en su divergencia, en su enfado y en su frustración por no ser capaz de crear tan bien como sus compañeros. Irónicamente, es en el error donde su profesora identifica la verdadera humanidad y desde donde se propone andamiar el desarrollo de la identidad. En tiempos de inteligencia artificial, ese gesto parece más irrenunciable que nunca.

Volviendo al tema que nos ocupa, es fundamental insistir en que la escritura no solo nos ayuda a pensar, sino que nos ayuda a encontrarnos, a reconocernos, a decidir cuál es la parte de nosotros que queremos amplificar y cuál es la que que-





tras lo leían, sus compañeros criticaban: “nadie habla así, ¿quién va a hacer eso en esa situación?, ¿de dónde saca palabras tan raras?”. De nuevo, lo más significativo fue que al terminar la representación... nadie se sintió representado en la obra. No hablaba de ellos ni de su forma de ver el mundo, era un texto sin identidad, como si estuviera escrito para otra época, para otra generación.

Ese vacío no es casual. Cuando dejamos que otros escriban por nosotros, o como ocurre en el caso de la IA, cuando dejamos que la representación estandarizada de todos escriba por nosotros, estamos renunciando explícitamente a la posibilidad de transformarnos a partir de las palabras. Escribir, de nuevo, no es meramente adornar lo vivido o trabajar para el producto, es entenderlo y profundizar en el proceso. Supone, en último término, decidir cuál es la versión de la historia que nos ayuda a vivir mejor con lo que ha pasado.

Como psicólogo y orientador escolar en ESO, no tengo duda de que la adolescencia, en su transición a la vida adulta, necesita más que nunca oportunidades

para que este proceso tenga lugar. No solo espacios para contar lo que se ha vivido, mucho menos injerencias para mostrar lo que se quiere haber vivido, sino oportunidades para reflexionar y reconstruirse en una narrativa coherente.

Vivimos tiempos de aceleración y de urgencia inmediata, de resultados que priman sobre procesos. Inevitablemente esto afecta también a la escritura. Cada vez son más, y cada vez veremos más, los alumnos que ven en la inteligencia artificial una herramienta para solventar los trabajos escolares sin tener que transitar el proceso de escribir. Y lo entiendo. Si pasamos de los ensayos a las presentaciones y de las presentaciones a los vídeos, por qué no pasar de los vídeos a la lluvia de ideas estructuradas por un asistente personal que lo hará técnicamente mucho mejor que uno. Es tan tentador como peligroso, pero los espacios escolares, garantes de la transmisión cultural, deben ser capaces de argumentar su posición y situar su argumentación en un espacio que no se centre en el producto, sino en el proceso. La escuela puede y debe reivindicarse como un espacio al margen de la prisa y la inmediatez, más centrado en el valor de la divergencia que en el producto convergente.

¿Puede realmente la escuela convertirse en un refugio narrativo? ¿Puede convertirse en un espacio que proteja a la infancia de las injerencias e intereses del pensamiento convergente, al tiempo que potencia la función epistémica de la escritura? ¿Puede garantizar un espacio con preguntas, tiempo, silencio, papel y libre de juicio? Y la pregunta más pragmática y conectada a la realidad escolar: ¿quién debe hacerlo y cuándo? Llegados a este punto necesito recurrir a la famosa cita salvavidas: “quien tiene un porqué antes o después termina encontrando un cómo”. Irónicamente es una referencia de Viktor Frankl, reconocido terapeuta enfocado en la búsqueda de sentido y en la construcción de significados a partir del discurso.

Quiero pensar que sí, que la escuela puede y debe ser un lugar donde el relato



## CAMINANDO JUNTOS

En casa también podemos construir una base segura. Un diario personal no es solo un cuaderno, es un espacio donde nuestros hijos e hijas pueden parar, mirarse y ordenar lo que llevan dentro. Si les ayudamos a vencer el vértigo de mirar hacia dentro y a generar el hábito de escribir a diario, estaremos creando junto a ellos un valioso espacio libre de juicio, de injerencias y de intereses, donde puedan explorar quiénes son y quién quieren ser.

No hablaba de ellos ni de su forma de ver el mundo, era un texto sin identidad, como si estuviera escrito para otra época, para otra generación

personal tenga espacio, donde no se escriba solo para responder preguntas, sino para hacerse preguntas. Donde lo biográfico y la experiencia personal no sea secundaria, sino que sea una forma de construir sentido. Por supuesto no se trata de convertir la escuela en un gran escenario terapéutico, pero sí puede ocupar un espacio indefinido (y muy cotizado) de pensamiento libre de juicio, de escribir para descubrir qué se quiere decir.

Es recomendable buscar ejemplos en las prácticas desarrolladas en la Escuelas Sensibles al Trauma del ámbito anglosajón, donde la escritura reflexiva en el aula fomenta la escritura sobre vivencias y emociones personales, brindando un espacio seguro para explorar y dar sentido a las experiencias. Esta práctica no solo regula la emoción del alumnado con experiencias de trauma, sino que alfabetiza y favorece las habilidades de comunicación, con impacto directo en el rendimiento académico.

De manera más sencilla y situada en nuestra práctica educativa diaria, es rea-

lista que los centros escolares implementen una práctica de diario personal de aula, donde cada estudiante pueda dedicar los últimos minutos del día a reflexionar sobre la jornada, su aprendizaje y su desarrollo personal. Con la mirada puesta en el modelo de profesional reflexivo de Donald Schön, la escritura servirá de andamiaje para organizar la experiencia académica y personal, ayudando a tomar conciencia del desarrollo en un proceso de metacognición en grave riesgo de extinción en los tiempos que están por venir.

Imaginemos el final de una jornada escolar donde los estudiantes tengan que volcar en una aplicación de inteligencia artificial qué han hecho en el día, cómo se han sentido y qué han aprendido. La aplicación organiza un texto coherente con la valoración de la jornada, indicadores clave y aspectos de mejora a tener en cuenta. Este escenario no resulta tan distópico y es posible que a más de uno le dé una idea de negocio. No obstante, si al representarlo uno siente en el escenario una alarmante falta de humanidad y de valor en una educación verdaderamente transformadora, puede asumir la responsabilidad de recurrir a la función epistémica de la escritura en su aula •



## HEMOS HABLADO DE

**Escritura reflexiva; narrativas personales; expresión emocional; identidad; inteligencia emocional.**

Este artículo fue solicitado por PADRES Y MAESTROS en octubre de 2024, revisado y aceptado en marzo de 2025.



## PARA SABER MÁS

BRUNER, J. (2003). *La fábrica de historias: Derecho, literatura, vida*. Fondo de Cultura Económica.

PENNEBAKER, J. W. y EVANS, J. F. (2014). *Expressive writing: Words that heal*. Idyll Arbor.